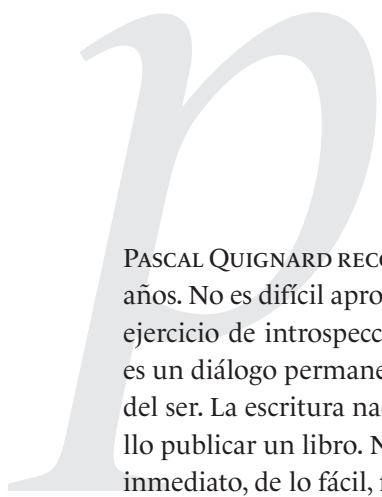


Jorge Luis Borges. (Fotografía: Charles H. Phillips / Time Life Pictures / Getty Images)

# Borges, el hacedor

Audomaro Hidalgo



PASCAL QUIGNARD RECOMIENDA LEER A ESCRITORES VIVOS mayores de cincuenta años. No es difícil aprobar esta afirmación. La escritura es un arduo y dilatado ejercicio de introspección que exige una paciencia concentrada. La escritura es un diálogo permanente con el mundo exterior y con el abismo insondable del ser. La escritura nace de esta tensión. Hoy día resulta relativamente sencillo publicar un libro. Nuestro tiempo, movido por las prisas y premuras de lo inmediato, de lo fácil, favorece este hecho. Lo lastimoso es comprobar que en esos volúmenes que abundan esté ausente la vida. Hay que templar el espíritu, parece decirnos Quignard.

Los grandes escritores nos seducen porque, entre otras cosas, nos muestran una visión honda de la realidad. Al presentarnos otra versión del mundo, éste se ve modificado y enriquecido. El mundo que entra por nuestros sentidos es también una realidad paralela que los escritores logran crear, una realidad que se rige por leyes no menos azarosas que las del mundo objetivo. Las grandes obras de la literatura socavan y ponen en tensión las ideas aparentemente inalterables en las que descansa nuestra cultura. Pienso así en la literatura de Jorge Luis Borges (1899), porque se trata de una literatura dentro de las letras castellanas. Pienso así en su poesía.

Borges publicó tres poemarios en su primera juventud: *Fervor de Buenos Aires* (1923), *Luna de enfrente* (1925) y *Cuaderno San Martín* (1929). El primero contó con el mecenazgo de su padre, quien le obsequió trescientos pesos argentinos para su impresión, además el libro se publicó ilustrado por grabados de su hermana Norah Borges. Quizá vale la pena recordar de paso que, siendo prácticamente un niño, Borges había publicado una colección lírica bajo el título *Los ritmos rojos...* Después de *Cuaderno San Martín*, pasarán casi treinta años para que Borges vuelva a publicar un libro de poemas, lo cual no quiere decir que haya dejado de trabajar. En los años cuarenta publicó dos libros de cuentos que bastan para situarlo como uno de los mejores escritores del siglo xx: *Ficciones* (1944) y *El Aleph* (1949).

El Borges poeta nace a los sesenta años de edad. *El hacedor* (1960) es una “colecticia y desordenada silva de varia lección”. Es un libro clásico en cuanto a su ejecución, tan clásico como Borges, quien siempre se sintió un autor del siglo XIX y no del XX. Lo cierto es que hoy día comprobamos que su vasta obra traspasa el siglo XX y al mismo tiempo reinventa el pasado de la literatura universal. En *El hacedor* aparecen mejor dibujados los temas obsesivos de su poesía, y de toda su obra: Dios, el Tiempo, el Destino o el Azar, la Muerte. Borges siente y cree en una entidad superior que interviene en la realidad:

Nadie rebaje a lágrima o reproche  
esta declaración de la maestría  
de Dios, que con magnífica ironía  
me dio a la vez los libros y la noche.

Alguna vez Borges dijo que el misterio esencial de los hombres es el Tiempo. Esta es la pregunta que lo obceca. Valdría la pena ensayar algún día un estudio de las ideas del tiempo que presentan las obras de Jorge Luis Borges y de Octavio Paz. En este punto la visión de ambos escritores se une. En el caso de Borges, la imagen del tiempo que nos presenta en *El hacedor* es un tanto lineal, baraja tímidamente el tiempo: “Cae y cayó. La lluvia es una cosa/ que sin duda sucede en el pasado”, pero esta idea de mezclar y enlazar los tiempos se radicalizará en sus siguientes poemarios. El hacedor es también el tiempo que al pasar nos hace y nos deshace, es el agente de la descomposición:

Sin lástima y sin ira el tiempo mella  
las heroicas espadas.

Y en otro poema, estos versos:

Gentil o hebreo o simplemente un hombre  
cuya cara en el tiempo se ha perdido

Este libro no está exento de cierta angustia metafísica. Al hablar del reloj de arena (imagen encarnada del tiempo), Borges escribe:

La arena de los ciclos es la misma  
e infinita es la historia de la arena;

así, bajo tus dichas o tu pena,  
la invulnerable eternidad se abisma.

No se detiene nunca la caída.  
Yo me desangro. No el cristal. El rito  
de decantar la arena es infinito  
y con la arena se nos va la vida.

Jorge Luis Borges se sabe ligado a una tradición literaria y personal, los vínculos con sus fantasmas, con sus mayores están presentes. En el escritor argentino la muerte es la no presentida, siempre es vista desde afuera, por tanto, es la muerte de los otros: “Elvira de Alvear”, “Susana Soca”, “In memoriam A. R.”, etc. Dije antes un libro clásico: no hay un solo poema, una sola estrofa, una sola imagen, una metáfora, un solo verso endecasílabo de este libro que no haya sido pensado, meditado, pulido y sentido antes de ser escrito. Esa es también una de las mayores impresiones que tenemos al recorrer su obra entera, desde sus ensayos, pasando por sus poemas hasta sus cuentos, donde cada línea ha sido trabajada con laboriosa paciencia.

A excepción de autores clásicos y algunos contemporáneos de lengua española, Jorge Luis Borges hizo prácticamente todas sus lecturas en inglés. Tras su prematura incompatibilidad en el manejo del verso whitmaniano, en *El hacedor* introduce por primera vez el soneto isabelino —“Los Borges”, “Alusión a la muerte del coronel Francisco Borges”—, además de practicar siempre el soneto a la española. Luego del comprensible inicio de renovación ultraísta que alentaba su pluma, la escritura poética de Borges, ya templada, ya madurada, se mantuvo inmune a las “innovaciones” literarias y estéticas que recorrían el aire de aquella época. Su visión de la poesía fue más bien clásica. Borges era un erudito y mordaz lector. Del Siglo de Oro español prefirió y admiró, aunque de mala gana, a Quevedo, de hecho no es difícil percibir en sus endecasílabos el eco de don Francisco: “No rendirán de Marte las murallas/ a éste, que salmos del Señor inspiran”.

Quizá todo libro de poesía podría descansar en un solo verso, una línea que concentra en su brevedad todo lo que el poeta (la etimología de la palabra poeta significa en griego hacedor) ha querido decir. Al releer este libro destaco dos versos sobre los cuales podría descansar toda la visión del mundo de Borges:

El vago azar o las precisas leyes  
que rigen este sueño, el universo. 